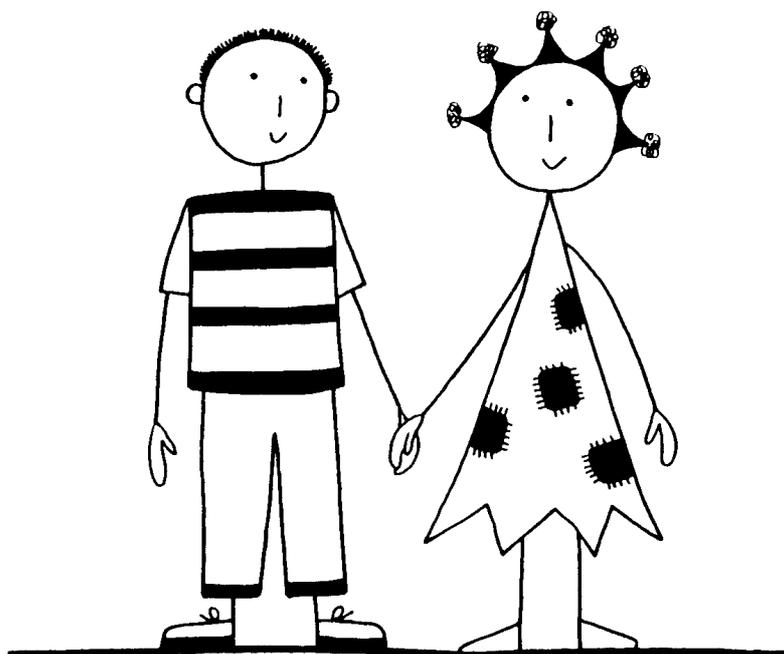
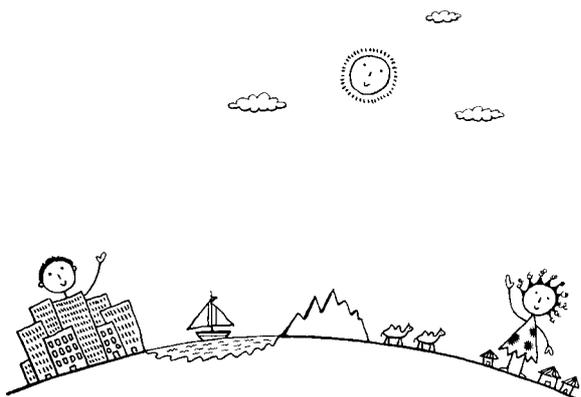


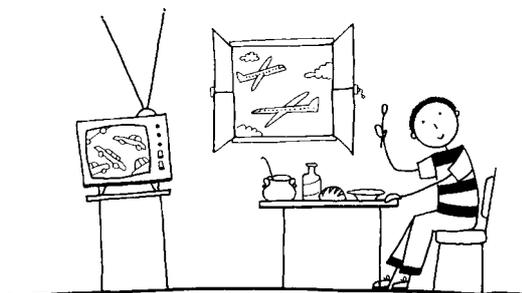
La videoconsola de Jordi
y el plato de mijo de Salima



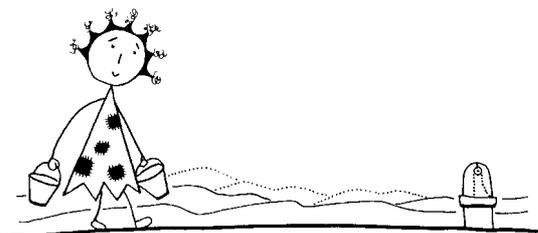
Aquí tenemos a Jordi y Salima.
Jordi y Salima viven muy lejos uno del otro.
Jordi vive en Tarragona.
Salima vive en Luarka, un pequeño pueblo del Sahel, al sur del Sahara, en África.



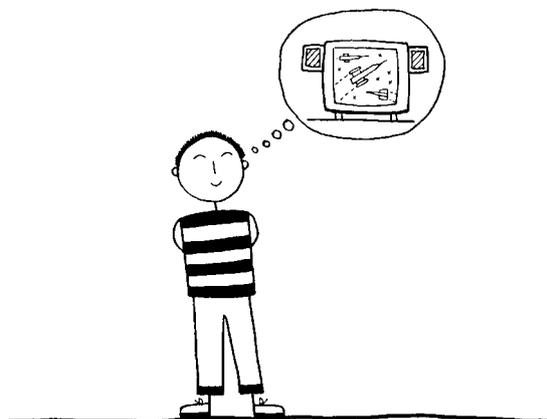
Jordi es un niño normal.
Muy normal.
Desayuna, come y cena cada día.
Va al colegio.
En su casa tiene ducha con agua caliente.
Y una televisión en colores de 28 pulgadas en su comedor.
Y muchas cosas más.
Más o menos, como todos los niños y niñas de Tarragona.



En Luarka, Salima también es una niña normal.
Con un poco de suerte, come una vez al día.
No va al colegio porque no hay.
Cuando tiene sed, se va a las afueras del pueblo a llenar una calabaza de agua en el pozo de la comunidad.
Sí, Salima es una niña normal.
Tan normal como todas las niñas y niños de Luarka.



Cuando llega el día de su santo, Jordi pide una videoconsola de regalo.
Ya tiene una, pero han sacado una más potente y es la que él quiere.
Es normal que la quiera y es normal que se la regalen.
En Tarragona, todo esto es muy normal. ¡Claro que sí!

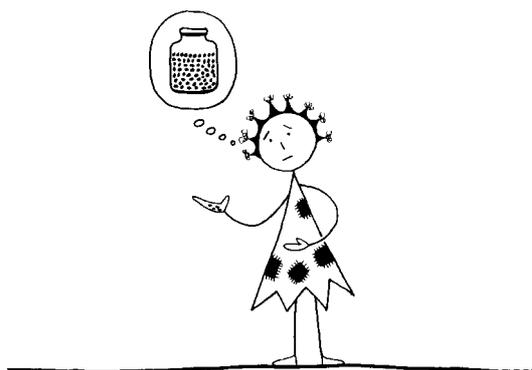


Mientras tanto, Salima está todo el día alerta para poder comer alguna cosa, normalmente un plato de gachas de mijo.

Si tiene suerte, hasta podrá comer un puñado de cacahuetes.

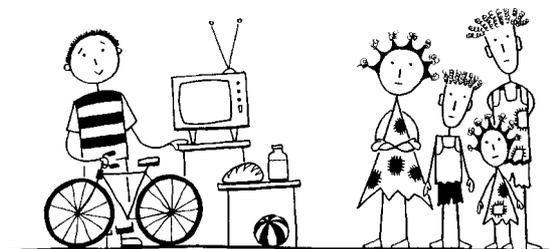
Pero esto no pasa muchas veces. La suerte no visita Luarka con frecuencia.

Sí, lo normal es que la suerte vaya muy poco a Luarka, sólo de visita.



Si Jordi viviera en Luarka teniendo todo lo que tiene ahora, no sería un niño normal.

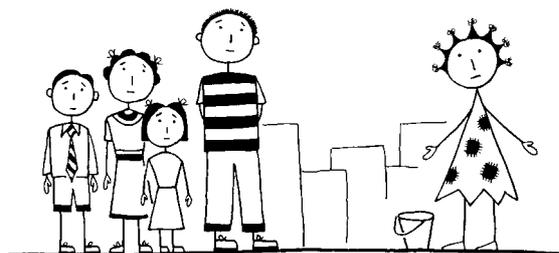
Sería un privilegiado.



Si Salima viviera en Tarragona tal como vive ahora en Luarka, sería muy desgraciada, daría mucha lástima.

Todos los niños y niñas dirían:

—¡Pobre Salima!

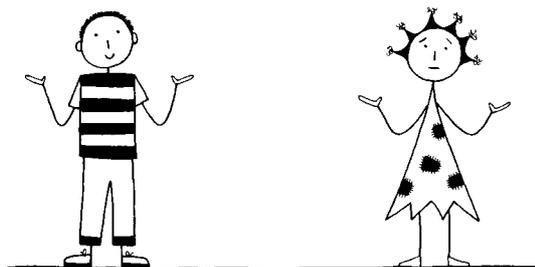


Pero Jordi vive en Tarragona. Y Salima vive en Luarka.

En Tarragona es normal vivir como vive Jordi .

En Luarka es normal vivir como vive Salima.

Pero quizás, lo que ya no es normal es que haya normalidades tan distintas. Quizás hay algo que falla.



Jordi ha leído hoy, en una revista, un reportaje sobre Luarka.

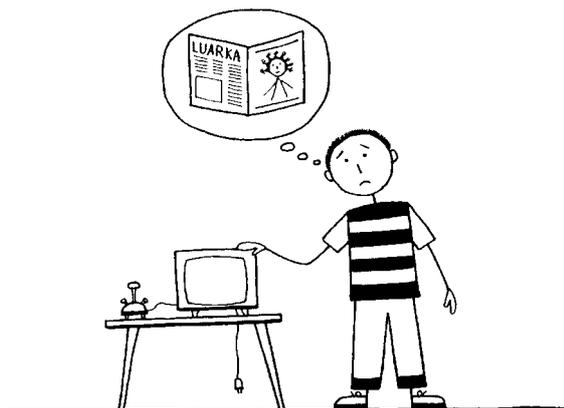
En el reportaje sale también una foto de Salima.



Jordi ya tiene la videoconsola nueva, ¡es fantástica! Pero Jordi está inquieto. Recuerda la foto de Salima y el reportaje que ha leído.

¿Es cierto lo que dice el reportaje?

¡Dice que en Luarka los niños y niñas no saben qué es una videoconsola! ¿Es posible? Dice también que no tienen agua potable, y que no comen tres veces al día, y que...



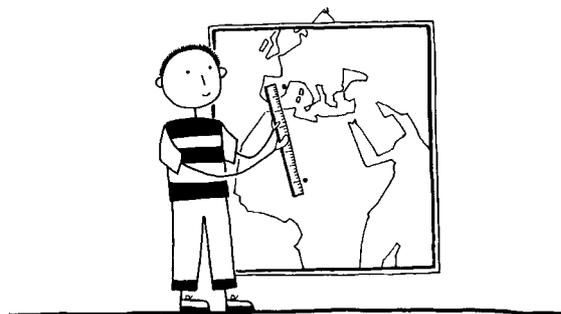
Jordi cree que tiene que ser triste vivir en Luarka, muy triste.

¿Dónde está Luarka?

Jordi coge un mapa del mundo y lo busca.

Coge una regla y la coloca encima del mapa.

¡Luarka está sólo a 25 centímetros de Tarragona!

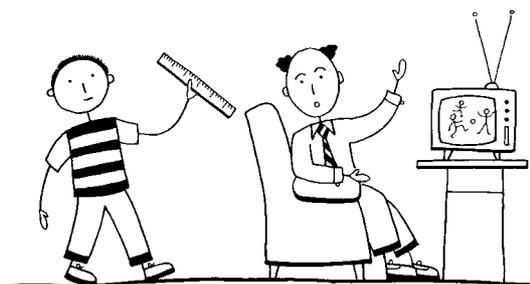


25 centímetros es muy poco.

—¿Cómo es que Luarka está sólo a 25 centímetros de Tarragona? — pregunta Jordi a su padre.

Su padre está mirando la televisión. En un momento en que hacen anuncios, escucha a Jordi y le dice:

—Eso es un mapa, Jordi. Sólo hay 25 centímetros porque está hecho a escala. En realidad, Luarka está muy lejos, mucho...



Jordi no está tranquilo.
No acaba de entender lo que su padre le ha dicho de las escalas.
Él ha leído el reportaje, ha visto la foto de Salima y no admite que Luarka y Salima estén muy lejos. Siente muy cerca los ojos tristes de Salima. Tan cerca que le parece que los tiene dentro.



Él tiene una videoconsola flamante, dos pelotas de reglamento, un coche con mando a distancia, una enciclopedia en diez volúmenes de la Vida Animal, unos patines, una bicicleta de montaña con 18 marchas, un...

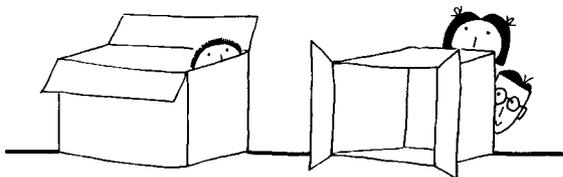
En cambio, Salima hoy tal vez no podrá ni cenar.



Jordi cree que sería mejor que él no tuviera tantas cosas y que Salima pudiera cenar cada día.

Además, él no necesita tantas cosas para jugar.

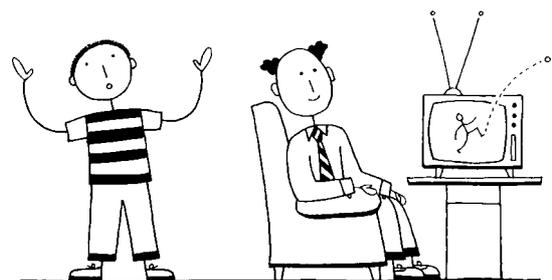
Muchas veces, con sus amigos Manel y Clara, como mejor se lo pasan es sin juguetes, inventándose juegos con cajas vacías, cartones o palos.



Aprovechando que vuelven a hacer anuncios, Jordi se acerca otra vez a su padre y le pregunta:

—Papa, ¿yo podría hacer algo para que Salima pudiera cenar cada día?

—No, Jordi, tú no puedes hacer nada. Luarka está muy lejos y además tú eres pequeño.



Jordi no está de acuerdo.
Tiene que haber algo que él pueda hacer. ¡Seguro!
¡Aunque él sólo sea un niño, algo tiene que poder hacer!



¿Qué puede hacer un niño?
Jordi habla con sus amigos Manuel y Clara.

Después de hablar un buen rato, hacen una lista con las cosas que puede hacer un niño o una niña.

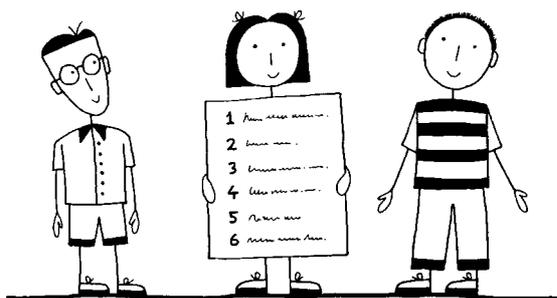


Ésta es la lista que han hecho Jordi, Clara y Manuel:

—Acostumbrarse a vivir de forma más sencilla.

—Por ejemplo, cuando llegue el verano, en lugar de comerse un helado cada día, comer sólo uno de vez en cuando.

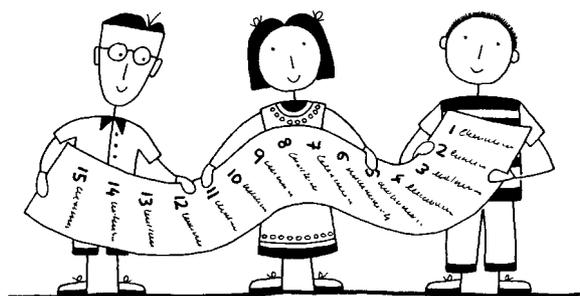
—Y enviar el dinero de los otros helados a Luarka.



Otro ejemplo: no acumular más juguetes en su habitación mientras haya niños y niñas que no tengan nada para cenar, ni agua oxigenada ni tiritas para curarse cuando se hacen daño.

Jordi, Clara y Manuel se dan cuenta enseguida que pueden hacer muchas cosas, muchísimas.

Se les van ocurriendo cosas nuevas y poco a poco hacen una lista muy larga.



Pero entonces Clara tiene otra idea:

—A mi me parece que tendríamos que hacer otra lista, porque si nos ayudan nuestros padres y los otros adultos, podríamos ayudar más y mejor a Salima.

Jordi y Manuel creen que tiene razón y entre los tres empiezan a hacer otra lista.

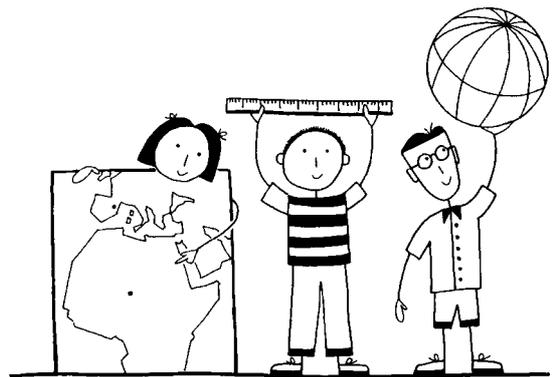


Ésta es la segunda lista:

—Explicar a sus padres, con mucha paciencia porque son mayores y les cuesta entender las cosas, que Luarka no está lejos: está sólo a 25 centímetros de Tarragona.

—Explicarles también que el mundo no es muy grande: tiene sólo 85 centímetros de diámetro.

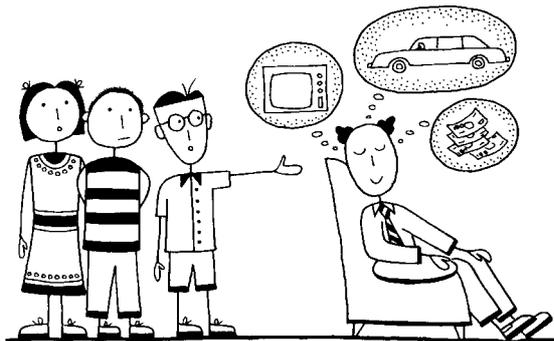
—Y que no se despisten con las escalas; teniendo delante la foto de Salima no hay escalas que valgan.



—Nos falta una cosa —dice Manuel—. Tendríamos que decirle a nuestros padres lo más importante: ¡que nos den buen ejemplo!

—Claro —dice Clara— porque si ellos viven de forma más sencilla, si son más generosos y solidarios, y, sobre todo, si lo hacen con entusiasmo, todos aprenderemos a vivir así.

—Y entonces, seguro que todas las niñas y niños de Luarka y de todo el mundo podrán cenar cada día —dice Jordi .



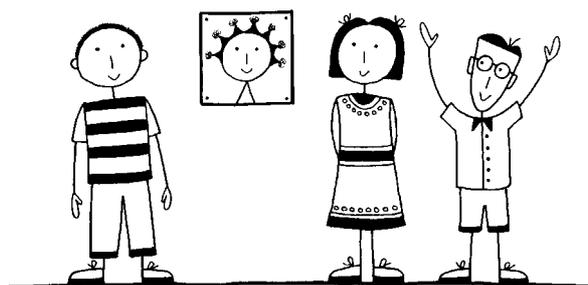
Jordi , Clara y Manuel están muy contentos.

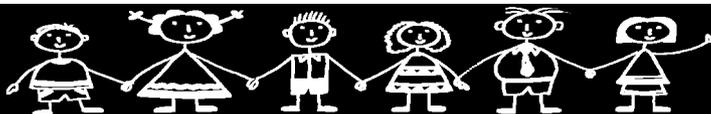
¿Quién había dicho que los niños y niñas no podían hacer nada?

—¿Bien? —dice Jordi .

—¡Bien! —dicen Manel y Clara.

Y Salima, desde dentro de la foto, sonríe.





Final

Jordi, con la ayuda de Clara y Manuel, averiguó la dirección de Salima y le escribió una carta. Cuando Salima la recibió, se puso muy contenta y aunque apenas sabía escribir, le contestó. Y se hicieron amigos.

Jordi le explicaba a Salima cómo era su vida en Tarragona. Y Salima le explicaba cómo era la vida en Luarka. Las cartas de Salima eran muy bonitas. Le decía que a ella le gustaría poder cenar cada día, pero que en cambio, todo eso que él le explicaba de las videoconsolas y de las televisiones, no la ilusionaba mucho. Le gustaría, eso sí, que su padre tuviera agua para regar la tierra, que hubiera un médico que cuidase de su familia si alguno se ponía enfermo, que hubiera un maestro que enseñara a leer y escribir a todos los niños y niñas de Luarka, porque cuando se sabe se pueden aprender muchas cosas interesantes. Todo esto sí que le hacía ilusión. Pero, aparte de estas cosas, su vida sencilla le gustaba. Escuchar por la noche, cerca del fuego, los cuentos que le explicaban sus abuelos, comer la fruta y la verdura que su padre plantaba en el campo, y las gachas de mijo tan buenas que hacía su madre.

Salima le explicó que a veces, algunos amigos suyos iban a un pueblo más grande para ver la televisión. Y que por la televisión veían las mismas cosas que veía Jordi por la televisión de Tarragona. Y cuando aquellos chicos y chicas volvían, decían que les gustaría mucho comprarse un coche bien chulo, y un teléfono móvil, y tener muchas cosas. Y cuando Salima los oía, se entristecía. Notaba que sus amigas y amigos estaban más tristes desde que tenían tantos deseos.

Jordi, leyendo las cartas de Salima, percibía que en Tarragona muchos de sus amigos y amigas también estaban más y más tristes. Tenían muchas cosas, pero cuantas más tenían, más querían, y cuantos más deseos tenían, más se entristecían. Y se dio cuenta de que ellos podían hacer algo por Salima, pero que Salima seguramente también podía hacer algo por ellos. Podía explicar a los niños y niñas de Tarragona que si tienes unos padres que te quieren y puedes comer cada día, la vida es una maravilla.

Y que es muy importante darte cuenta de esto y disfrutarlo. Y no despistarte con los deseos, porque a veces los deseos llenan la cabeza y los pensamientos con un humo muy espeso. Y claro, con los pensamientos llenos de humo espeso, es muy difícil ver claramente lo que de verdad vale la pena.

¡Qué suerte haber conocido a Salima! ¡Gracias, Salima!

Elaboración del material:

**Amnistia Internacional Catalunya
Grup d'Educació**

**Alfons XII, 19-21. pral.
08006 Barcelona
932 093 536**

www.amnistiacatalunya.org/edu